

Unidad 2 – La Banda Oriental del descubrimiento a la revolución

Descubrimiento y conquista del Río de la Plata

La llegada de Americo Vespucio en 1502 al Río de la Plata configura el primer reconocimiento de la zona hecho por los europeos a solo diez años del desembarco de Colón en el Caribe. Desde aquí hasta el año 1536 se abre el periodo de descubrimiento en el que diversas expediciones españolas y portuguesas investigan la zona, aunque sin dejar ninguna población permanente en la misma.

A Vespucio (1502), sucederán las expediciones portuguesas de Ribero y Flores (1512), Juan de Lisboa (1514), las españolas de Juan Díaz de Solís (1516, muerto por los indígenas al desembarcar en la costa de Colonia) y Fernando de Magallanes (1520, como parte de la primera circunnavegación del planeta, y que incluye el descubrimiento del río Uruguay por uno de sus barcos), y las portuguesas de Cristóbal Jaques (1521 y 1526) y Pero Lopes de Sousa (1531, que incluye una minuciosa descripción de los habitantes de la costa hoy uruguaya).

Nota aparte merece la expedición de Sebastián Gaboto al servicio de España (1526-1530) que al llegar a tierras hoy brasileñas toma noticia de la existencia de una supuesta Sierra de la Plata, referida por los sobrevivientes de una frustrada expedición comandada por un tripulante de la expedición de Solís, Alejo García, que en 1521 habría muerto a manos de los indígenas en el Chaco paraguayo tras alcanzar según se decía una tierra rica y poblada que podría haber sido la zona sur del imperio incaico. Esta noticia desvía a Gaboto de su objetivo original, las Indias Orientales, y se interna en los ríos de la Plata, Uruguay, Paraná y Paraguay donde busca en vano aquella comarca, intentando las primeras fundaciones no solo en el actual territorio argentino sino en el uruguayo (Fortín de San Salvador, 1527, rápidamente frustrado). El nombre "Río de la Plata" se derivó de las noticias que esta expedición trajera a su regreso a Europa.

Entre 1536 y 1591, en una segunda etapa, el intento de colonización del territorio corrió a cargo de los adelantados, caudillos militares que tras firmar un acuerdo con la monarquía, se comprometían a la conquista y poblamiento del territorio, así como a la cristianización de los indígenas. El procedimiento no era nuevo y había sido usado en tiempos de la reconquista de la España musulmana por los cristianos. El primer adelantado, Pedro de Mendoza, funda por primera vez la ciudad de Buenos Aires en 1536, pero ante la hostilidad de los indígenas envía a dos de sus capitanes al norte, rumbo al Perú, en busca de apoyo. Juan de Ayolas y Domingo Martínez de Irala remontan el Paraná y el Paraguay y fundan la ciudad de Asunción del Paraguay en 1537, la cual se convertirá en el centro de la conquista española en la zona, ya que Buenos Aires fue abandonada al poco tiempo, en 1541, ante los constantes ataques indios y ante la falta de las riquezas y población domesticada que buscaban los europeos tanto aquí como en otras partes del continente.

La conquista se retrotrajo al interior del continente, y allí se encerrara por décadas. Asunción, en tierra de indios más dóciles, fue una sociedad blanca, mestiza y patriarcal desde un comienzo, marcada por la modestia o franca pobreza de sus medios materiales, y una agricultura de subsistencia, que comenzaron a verse alteradas desde 1555, cuando se introduce el ganado bovino desde el Brasil. A partir de ese momento surge la explotación ganadera en el Río de la Plata, que genera un cinturón de estancias en torno a Asunción, que tiende a extenderse hacia el sur, poblando la costa del Paraguay y del Paraná.

Una corriente adicional (y más exitosa) de colonización de la zona fue la que, viniendo desde el Alto Perú, ingreso por los valles del actual norte Argentino, fundando

sucesivamente las ciudades de Santiago del Estero (1553), Tucumán (1565) y Córdoba (1573).

La extensión de la cuenca ganadera del Paraguay, tanto como el aumento de población de la zona, unido a la acción más decidida de una nueva generación de colonizadores como Juan De Garay, consolidó la conquista del Río de la Plata hacia el final del periodo con fundaciones como Santa Fe (1573) y Buenos Aires (por segunda y definitiva vez en 1580). Corrientes fue fundada en 1588. Cada una de estas ciudades, a su vez, por más que su debilidad poblacional era manifiesta, generó focos de explotación ganadera basados sobre todo en el acopio de cueros, que no solamente eran consumidos en la zona sino enviados al Perú. En cuanto a lo que se refiere a Buenos Aires, conectada con Santa Fe y con Asunción por el Paraná, constituyó hasta el siglo XIX la ciudad más austral de la conquista blanca en el continente, incluyendo los primeros años de la Argentina independiente. Se alcanzó así también el límite de las posibilidades materiales y poblacionales no solo de una colonia semidesértica sino también las de una España que comenzaba a entrar en una crisis endémica en varios aspectos.

Tras el fracaso de la política de dominación mundial española que se abrió con la derrota de la Armada Invencible en 1588 a manos de Inglaterra, la aplicación estricta del mercantilismo en España fue de consecuencias fatales para esta. Prohibida en América la producción de los mismos artículos que España exportaba al mercado europeo, como el vino, la lana y el aceite, esta agregó a aquel primer mercado la obligación de abastecer al mercado americano. Las capacidades productivas de la España de la conquista quedaron desbordadas, ya que no hubo ningún salto tecnológico que acompañara a la demanda desde entonces establecida. Además de ello, el abandono de tierras de cultivo de trigo en detrimento de la vid y el olivo, o de áreas de pastoreo de lanares, provocaron una suba del pan y una crisis alimentaria que comenzó a quebrar la estructura poblacional española. La novela en dos partes "El Quijote" de Cervantes (1605 y 1615), donde se mostraba en muchos pasajes la verdadera cara del imperio, fue prohibida en América, no sea que se conociera la incómoda realidad.

Si se agrega a esto que la política de dominio militar y guerras en Europa prosiguió, aunque siempre con derrotas y nunca con triunfos, y con los costos que esta conlleva, la crisis se agudizó aún más. Sin capacidad de reconstruir una marina desde tiempos de la Invencible (fue un esfuerzo nacional irrepetible), España comenzó a alquilar las bodegas de los barcos de sus enemigos, Inglaterra y Holanda, para el tráfico marítimo atlántico, enriqueciendo a estos con los costos de los fletes.

En aquel momento el gobernador de Asunción, Hernando Arias de Saavedra (Hernandarias), realizó una expedición de reconocimiento por tierra a la llamada "costa de los charrúas", o sea, la margen izquierda del Río de la Plata (1607) llegando hasta la actual desembocadura del Río Santa Lucía. Tras la misma, una larga como exageradamente elogiosa descripción de la zona fue enviada por Hernandarias al rey Felipe III de España, solicitando recursos y población para colonizar la zona. A pesar de las exageraciones, no podría caer este pedido en peor momento. El pedido no fue atendido por la imposibilidad material (a lo que debe agregarse el desinterés) que sentía España por la zona, muriendo la idea por sí sola. La historiografía nacionalista cita frecuentemente esta carta y algunas frases supuestamente clarividentes de Hernandarias al respecto del futuro del Uruguay en apoyo de algunas de sus afirmaciones, sin mirar en el verdadero objetivo de las exageraciones ni el lenguaje pomposo de las mismas.

Las vaquerías (siglo XVII)

A falta de gente, según una de las interpretaciones posibles, Hernandarias pobló con ganado de sus propias estancias (dos desembarcos en 1611 y 1617) la “costa de los charrúas” o “Banda Oriental” como se la comenzó a llamar por entonces. Estas tropas de ganado serían según esta opinión, el origen del poblamiento vacuno y equino de la campaña oriental y origen del ganado ñato que Charles Darwin todavía viera y describiera en 1833 en su viaje por el Uruguay, y que desapareciera al comenzar la mestización a gran escala muy pocas décadas después, a fines del siglo XIX. Otra interpretación asegura que el ganado de la Banda Oriental se originaría en época posterior, con animales de las tropas de las estancias de las misiones orientales, fundadas por los jesuitas.

Sea como fuere, las condiciones de clima, pasturas y relieve multiplicaron un ganado suelto, abundante y sobre todo sin dueño, ya que no había establecimientos poblados en la zona. El precio de ese ganado era simplemente el precio del viaje para faenarlo y el de regreso con el producto final. Ese fue el objetivo de las llamadas vaquerías, expediciones de faena masiva organizadas en las ciudades de Santa Fe, Buenos Aires y Corrientes, que, convocadas por los cabildos, entraban a nuestro actual territorio en los meses calidos, cuando los cursos de agua eran mas fácilmente franqueables, faenaban masivamente un ganado sin marca, retornando por donde habían venido antes del otoño y sin dejar nada tras de si como establecimientos poblados permanentes en la zona. El producto final era vendido en aquellas ciudades o comercializado al Paraguay, el Perú o las Misiones. Quizás la única aportación de los faeneros haya tenido que ver con alguna toponimia de nuestro territorio al sur del Río Negro, en la zonas que hoy como por ejemplo Cufre o Pando, fueron las de actuación de determinados jefes o contratistas de aquellas expediciones depredadoras. El ganado modifico las pasturas originales de la zona, como igualmente la vida del indio, que rápidamente se adapto el cambio, sobre todo al uso del caballo, lo cual lo volvió potencialmente mas peligroso para el hombre blanco.

Misioneros, bandeirantes y piratas (siglo XVII)

La Compañía de Jesús u orden Jesuita, fundada por un soldado español de las guerras europeas, Ignacio de Loyola, en 1534, se organizo como un verdadero ejercito de Dios (en el mas estricto sentido: el superior de la orden es llamado General) en la época de la contrarreforma y las guerras religiosas, con lealtad absoluta al papa. Eligió y capacito cuidadosamente a sus miembros para las situaciones limites: la infiltración en territorio de los infieles, ya fuera la Inglaterra protestante, el Japon del siglo XVI o las tierras habitadas por los indios fieros de América. Cada conversión era un alma arrebatada al paganismo o a la herejía, y una compensación por la perdida de la mitad de Europa en manos de las doctrinas protestantes. Dispuestos a todo y capacitados para todo, los jesuitas ingresaron a partir de 1609 en las regiones donde el conquistador blanco no había podido entrar con su espada: California en América del Norte, Mojos y Chiquitos en la actual frontera de Bolivia con Brasil, el Alto Paraná y el Alto Paraguay en Sudamérica. Allí cristianizaron al indio con una voluntad tenaz pero también con habilidad, adaptando en parte el catolicismo a algunos elementos culturales de aquellos pueblos. Las reducciones o pueblos misioneros estaban organizados en torno al trabajo colectivo de la tierra y la cría del ganado y dirigido por los religiosos, y la creación de una sociedad con ciertos rasgos igualitarios que una parte de la historiografía revisionista ha elogiado como una especie de comunismo primitivo de raíces cristianas, por mas que no se debería olvidar que en ultima instancia el objetivo de los sacerdotes era el mismo que el conquistador: domar al indio, a pesar de la diversidad de los métodos utilizados.

Las misiones fueron prósperas económica y poblacionalmente, convirtiéndose en un foco productivo y cultural, lo que alentó siempre sospechas de los gobernadores

españoles sobre las verdaderas intenciones de los jesuitas, que siempre estuvieron entre la alabanza y la calumnia de todos. En 1767, en el marco del despotismo ilustrado imperante por entonces en Europa, los jesuitas fueron expulsados del Río de la Plata por el rey Carlos III.

La colonización del Brasil, comenzada en 1500 con la llegada de los portugueses, fue durante un tiempo solamente costera, al igual que lo que se había hecho en África en el siglo anterior. Sin embargo, cuando se fundaron los primeros establecimientos poblados permanentes y comenzó el cultivo de la caña de azúcar, el indio tupi (habitante originario del territorio) no se sometió al lazo del europeo, siendo exterminado o huyendo hacia el interior del continente. La introducción del negro esclavo en el Brasil pretendió paliar el problema, pero lo caro de su precio, el tiempo limitado de su explotación (15 años al rayo del sol en la plantación), el fracaso de los criaderos y las constantes fugas no configuraron una solución definitiva para el blanco.

La expansión del Brasil portugués, que comenzara con Salvador de Bahía (1549) y continuara con Río de Janeiro (1565) se dirigió sobre todo al sur por la costa, pero ya en 1554 son los comienzos de la ciudad de San Pablo, la cual se convertiría en la primera punta de lanza portuguesa para la penetración al interior. Aquella ciudad de frontera, mustia y aislada, tendrá un papel clave como base de las expediciones de los bandeirantes, temibles y heterogéneas reuniones de aventureros y hombres al margen de la ley dedicados a internarse en el continente para capturar a los indios y negros fugados o cimarrones para llevarlos a los mercados esclavistas donde los hacendados (fazendeiros) los reclamaban. Las bandeiras recorrieron montañas, ríos, valles, selvas, paramos y desiertos, se internaron en el Amazonas, en el sertón, en las llanuras del Río de la Plata, en las fronteras del Paraguay, donde chocaron con los jesuitas. Las bandeiras arreaban no solo al indio y al negro cautivo sino también al ganado. Su penetración en el Río de la Plata se justificó por ambas razones y antecedió a la presencia formal de los portugueses en esta zona del mundo, preparándola de algún modo.

A la vuelta, los conocimientos que trajeron del interior, los mapas que se trazaron, aprovechados por políticos, militares y comerciantes fueron el primer fundamento del expansionismo portugués que hará del Brasil un país con dimensiones continentales. Un país que hoy considera a estos individuos, “los fundadores de su grandeza territorial”.

En lo referente a los piratas o bucaneros, que actuaban en el Caribe contra los barcos españoles, participando también de actividades en tierra y contrabando, algunos de diversos orígenes estuvieron por estas latitudes hacia fines del siglo XVII y principios del XVIII haciendo acopio de cueros y de carne para preparar el bucan o carne ahumada que consumían las tripulaciones. Quizás el más famoso, el francés Etienne Moreau, fue muerto por fuerzas españolas enviadas por el gobernador de Buenos Aires Bruno Mauricio de Zabala en 1720 en la zona de Castillos (Rocha) donde solía actuar desde hacía un tiempo.

Si bien los jesuitas intentaron crear reducciones como Santo Domingo de Soriano o San Antonio de los Chanás, estos pueblos fueron precarios, muy raleados en población y a veces, como en el primer caso, fueron trasladados varias veces de lugar, además de amenazados constantemente por indios y bandeirantes. Nadie, ni vaquerías, ni bandeiras, ni piratas dejaron población permanente en la banda Oriental en términos reales hasta 1680, con el establecimiento de los portugueses en la Colonia del Sacramento. El Uruguay seguía sin entrar en la Historia.

La fundación de Colonia y de Montevideo

Tras recuperar su independencia (fue ocupado por los españoles entre 1580 y 1640) Portugal, con la dinastía de Braganza al frente y un creciente apoyo inglés, tomó la iniciativa de la ocupación formal de la orilla izquierda del Río de la Plata con la fundación de la Nova Colonia do Sacramento (enero de 1680), levantada en las narices mismas de Buenos Aires, con lo que el expansionismo portugués corría la frontera miles de kilómetros al sur, marcando el límite en los hechos a una España en decadencia, manifiestamente desinteresada y/o incapaz de ocupar y poblar el territorio.

Tras la primera toma de la ciudad por los ejércitos españoles de Buenos Aires y las Misiones en 1681 y la devolución de la ciudad a los portugueses por los arreglos diplomáticos posteriores, se inició un litigio de un siglo, hasta 1777, por la posesión de la ciudad, que los españoles ganaron siempre en el terreno de las armas, y perdieron también siempre en la mesa de los tratados de paz, cambiándola por dudosas compensaciones coloniales aquí o allá y hasta en ocasiones por territorios tan amplios como vacíos en las zonas fronterizas del Plata, lo que revela que probablemente no tuvieron nunca una conciencia clara del significado de la existencia de Colonia.

Por la misma época, Europa se prestaba a repartirse la herencia del último de los Habsburgo, Carlos II, enfermo y discapacitado. Los Habsburgo de Viena y Luis XIV de Francia fueron y volvieron varias veces sobre el asunto hasta que en 1700, a la muerte del rey español, el Rey Sol proclamó a su nieto Felipe como Rey de España e Indias. Toda Europa se volvió contra el viejo y arrogante monarca francés y su nieto para impedir que los Borbones crearan una potencia temible en Europa y el Mundo. Inglaterra y Austria encabezaron la coalición que combatió a los Borbones en la Guerra de Sucesión Española (1701-1713), luchada tanto en Europa como en las colonias. Las victorias militares anglo austriacas golpearon duramente a Luis XIV aunque su nieto pudo recuperar una España que perdiera totalmente años antes. La partida terminó en tablas, ya que los tratados de paz reconocieron a Felipe V como rey de España, aunque le impusieron a él y a su abuelo duras concesiones territoriales que significaron el desvanecimiento de la influencia española en Italia y en Europa en General, además de las concesiones comerciales que Inglaterra se hizo otorgar, como el Real Asiento de Negros para la introducción de esclavos precisamente en el Río de la Plata, cerca de Colonia, nuevamente en manos de su aliado, Portugal (Tratado de Utrecht, 1713). Este fue el punto más bajo alcanzado por España como potencia desde el descubrimiento de América. También significaba el comienzo del reinado de los Borbones, que heredaban un imperio malherido y en crisis.

Decididos a implantar el absolutismo en el imperio, además de una urgente política de contención para evitar más pérdidas, comenzaron cambios en la administración y organización del imperio. En lo referente al Río de la Plata, en 1717 un nuevo gobernador, Bruno Mauricio de Zabala, fue designado con órdenes expresas de contener la expansión anglo portuguesa con la fortificación y población de las bahías de Montevideo y Maldonado. En 1723, los portugueses comenzaron a ocupar Montevideo, lo cual forzó a Zabala a no dar más largas al asunto y a ocupar la bahía en enero de 1724, retirándose los portugueses sin combatir.

Aquí se inicia el proceso fundacional de Montevideo, que durara hasta 1730. De origen puramente militar, la ciudad tardó en recibir sus primeros pobladores civiles. En agosto de 1726 llegan los primeros, tan solo 34 (y de estos 19 menores de 15 años) desde Buenos Aires, lo que habla de la debilidad pobladora de aquella España de la conquista, que hubo de derramar promesas y títulos, aunque fueran los más ínfimos, para enganchar a los primeros pobladores en la aventura riesgosa de vivir en tierra amenazada por indios y portugueses. A fin de año, en diciembre, 400 personas más se agregan al núcleo original y el ingeniero militar Pedro Millán delinea al estilo usual de la conquista española un damero de 6 cuadras con 32 manzanas cuadradas con eje en la Plaza Mayor que constituyen el inicio urbano de la ciudad de Montevideo. En

1730 se dota a la ciudad de sus primeras autoridades con la fundación del cabildo, en el cual participan los cabezas de familia de la ciudad, entre ellos Juan Antonio Artigas, abuelo de José Gervasio. En 1751 se dota a la ciudad de una gobernación y se fija su jurisdicción, un radio de unos 70 kilómetros aproximadamente, o para comprenderlo en magnitudes de la época, dos días de a caballo, distancia que efectivamente se podía garantizar controlada desde la esmirriada ciudad de casas de adobe y techos de cuero curtido.

En años posteriores se fundan, aunque con caudales muy débiles de población, otros establecimientos poblados permanentes como Maldonado (1757), Guadalupe o Canelones (1774), Las Piedras (1780), Pando (1781), Santa Lucía (1782) San José (1783), Minas (1784), Mercedes (1791), Rocha (1793) y Florida (1801) (todos al sur del Río Negro y casi todos en un radio aproximado de unos 100 a 200 kilómetros).

El modo de producción rioplatense

El modo de producción rioplatense, por llamarlo de algún modo, ya que no cabe en las categorías de los economistas del siglo XIX como Karl Marx que caracterizaron a las distintas modalidades productivas de la historia, era un modo de producción ganadero extensivo, caracterizado por la escasa inversión humana y la escasa productividad, en un marco de un territorio semivacío, donde las condiciones naturales habían creado un bolsón de ganado suelto, dividido en unidades productivas llamadas estancias, de vaga demarcación. Fue el primer modo de producción en nuestra historia y estuvo determinado por las condiciones naturales y humanas de la zona, además de la siempre omnipresente condición de marginalidad dentro del imperio que el Río de la Plata tenía.

El trabajo era zafral, solamente en los meses calidos, y se limitaba al arreo, marca y faena de los vacunos, para extraer básicamente el cuero de los mismos y unos pocos cortes de carne como la lengua y el matambre, abandonándose el resto. A pesar de la escasa tecnología usada (caballo, lazo, cuchillo, boleadoras) y del bajo consumo debido a la muy raleada población, fue aquella una sociedad opulenta en el estricto sentido de la palabra, ya que su dieta en proteínas y carnes rojas superaba en nutrientes por muy lejos, a pesar de su monotonía, a la del contemporáneo campesino europeo (pensar solamente en las hambrunas recurrentes de la Europa medieval y moderna, inclusive la de Francia en 1788, previa a la revolución).

Esto determinó una economía sin circulación monetaria salvo en las ciudades, y con un circuito de trabajo muy débil que se disolvía la terminar la zafra. No se puede entonces hablar de opresión en el sentido más estricto del término como pretende la historiografía revisionista: la relación patrón empleado era entonces episódica. Autárquica desde el punto de vista de su producción y con escasos excedentes, no hubo un comercio de importancia y no se desarrolló la caminería, por lo que también esa sociedad no estuvo al alcance del brazo de la ley de la ciudad en la mayoría de las ocasiones.

Esto configuró una coexistencia de dos modos de vida diferentes: la ciudad militar y comercial que miraba al puerto por donde todo lo que ella era le llegaba. Al lado en el mismo espacio físico, espalda contra espalda, la campaña y su universo cerrado y autosuficiente, no conquistado efectivamente por el medio urbano (recién podemos hablar conquista del campo por la ciudad casi al filo del siglo XX en el Uruguay con el ferrocarril, el telégrafo, la escuela y el arma de repetición).

El gaucho

Verdadero mito nacional inscripto en el imaginario colectivo del pueblo uruguayo gracias a los conceptos de la historiografía nacionalista y la escuela vareliana, el historiador realmente conoce al gaucho (probable etimología de la palabra: corrupción de guacho, animal descarriado de la manada o de sus progenitores) por tres vías:

- la papelería policial española y del Uruguay independiente, que nos revela a un objetivo de la misma. El gaucho era un delincuente que debía ser apresado o muerto por esta.
- el testimonio de los viajeros que al menos entre 1784 y 1870 visitaron nuestro país, ya sea como enviados del gobierno español, naturalistas en viajes de investigación, militares, comerciantes o evidentes u ocultos espías. Son visiones ajenas a la realidad oriental, valiosas por ser precisamente extrañas, lo que los capacita para ver cosas que otros no pueden ver por ser parte del escenario.
- la literatura gauchesca, que hizo del gaucho el protagonista de la poesía o el relato literario. Fue escrita por hombres cultos del medio urbano que vieron al gaucho y que en algunas ocasiones convivieron con él: Bartolomé Hidalgo, Hilario Ascasubi, José Hernández, Arturo Lussich y otros.

Todos los testimonios tienen en común el no ser de primera mano. La sociedad gaucha era analfabeta y como la sociedad indígena, nunca escribió sobre sí misma, porque esto no estaba en el universo de sus preocupaciones, limitadas casi por entero a la supervivencia. Como en el caso de la Europa medieval de los caballeros, tan analfabetos, tan varones y tan jinetes como el gaucho, que no escribieron sobre sí mismos, sabemos sobre ellos porque otros los miraron y los describieron con sus palabras y con sus valores. Fue la iglesia nos transmitió esa época, la dilatada y fascinante Edad Media, y el relato de las vidas de aquellos hombres que no eran ellos.

El espacio semidesértico de la campaña fue el hogar del desertor del ejército español apostado en Montevideo. Los ejércitos de la época se reclutan y disciplinan a la fuerza, son cárceles ambulantes que castigan físicamente y aplican la pena de muerte en forma cotidiana. El desertor, mal endémico de los ejércitos coloniales, revolucionarios, de la época independiente y de las dos divisas, emprende un viaje sin retorno al campo y se pierde. Sabe que no puede esperar misericordia de quienes lo persiguen y conoce su final si es capturado. Por ello va armado, lo que potencia su peligrosidad.

El negro fugado de la esclavitud urbana, sentida en el imaginario colectivo en nuestro país como más blanda que en otros lugares de América, gracias a una pertinaz mentira muchas veces repetida desde la historiografía nacionalista, también elegía el camino del campo y del desierto para su libertad. El goteo de los esclavos fugados fue constante en nuestra época colonial y primeros años de vida independiente.

El indio, ya de por sí fuera de la sociedad blanca y urbana, aportó muchos valores culturales, tecnológicos, sociales y raciales a una sociedad como la gaucha, sociedad de piel oscura y hábitos rebarbarizados por el alejamiento de la ciudad y su cultura.

La mujer, escasa y rara en esta cultura de hombres solos y de a caballo, es motivo de disputas por su posesión y también de hechos que no solo señalan su valor real en aquella cultura: Félix de Azara comprueba en su recorrida por la campaña en 1801 el desfloramiento frecuente de niñas menores de 10 años (proyocia).

El caballo, instrumento indispensable de desplazamiento, vale más que la mujer porque asegura la supervivencia. Fue esa una sociedad de jinetes expertos como la de los bárbaros que destruyeron al Imperio Romano o las montoneras de Gengis Kan, el conquistador mongol del siglo XIII.

El gaucho fue un marginal, porque fue expulsado de la ciudad al desierto donde se rebarbarizó rápidamente, pero también fue un automarginado porque jamás quiso volver a integrarse a una sociedad urbana que recelaba de él y le temía, y que finalmente lo hizo exterminar como al indio, por ser inepto para las condiciones de domesticación que imponía el trabajo constante. Fue un producto humano de un modo de producción marginal y arcaico con elementos de un fuerte primitivismo, basado en la existencia de un bolsón de ganado suelto en un marco de propiedad indeterminado o inexistente.

Concebido como ideal de nobleza y patriotismo, claro que después de muerto, la época colonial y más allá tuvieron un concepto bien distinto de él. Fue el temido matrero y guerrero que moría y mataba sin asco, por un sí o un no, por un caudillo, por un desafío, pero jamás por ideas que raramente anidaron en él. Aquella sociedad tuvo una religiosidad muy superficial, supersticiosa y animista. La iglesia no se habría de hacer fuerte con tan pocos fieles y no se vieron en aquella sociedad escenas o conductas como las que llevaron al campesino europeo a experiencias místicas que iban desde milagros u apariciones a la barbarie de las guerras religiosas que por siglo y medio devastaron Europa.

Los valores de aquella sociedad masculina, individualista y ecuestre fueron los de la supervivencia y la lucha contra un paisaje hostil y la hostilidad e otros hombres, propios y ajenos. Aunque de cualquier modo, en toda sociedad, incluso en esa, tan bárbara y elemental, existían condiciones de carisma y liderazgo que imantaban a otros hombres. Aquellas condiciones deben buscarse en los que todos sabían y debían hacer, aunque en un grado más alto, más eficaz, experto o impresionante.

Destrezas como el manejo del cuchillo, el lazo, el caballo, en la faena o en la guerra, con los animales u otros hombres: el mejor domador, el mejor degollador (de animales o de hombres), el mejor lancero, el mejor jinete. Actitudes de imposición o superioridad en las escasas formas de sociabilidad que esa sociedad tenía (concurrencia a la pulpería o al prostíbulo por ejemplo): el triunfo la payada o recitado individual acompañado de la guitarra, en que se desafía al contrario a superarlo, las dotes del bailarín individual, el que fecundase más chinás a su alrededor. Un complejo entramado de actitudes no auto publicitadas pero sí difundidas en espacios colectivos que generaban los rumores sobre el personaje destacado, que trascendían marcos físicos y tiempos, y que llevaban a los elegidos a aparecer como primeros entre sus iguales, capaces de hacer, decir, ser, como los demás pero en una escala superior.

La figura del caudillo es la lógica consecuencia de ello. Una forma de política elemental y primitiva, basada en una identificación sentimental, sin papeles, discursos o mediaciones. Apoyada en la confianza mutua de unos con el otro y viceversa. Al caudillo se lo siente y se lo sigue. Al hombre y no a la idea. Así se siguió a Artigas, Pancho Ramírez, Urquiza, Rosas, Lavalleja, Rivera, Oribe, Timoteo Aparicio, Facundo Quiroga, Venancio Flores, Aparicio Saravia y tantos más. En las guerras de independencia y en las guerras de divisa, y en toda el área rioplatense, ya que el producto humano es común al área que ocupaba el modo de producción antes citado, la pradera semivacia de un lado y del otro del Río de la Plata y en el sur del Brasil.

La expansión del capitalismo de la segunda mitad del siglo XIX terminará con el gaucho y su tipo racial y de vida. La tecnología de comunicaciones y militar manejada discrecionalmente por el Estado conquistará la campaña y reducirá y exterminará a los más empecinados. Expulsará a los más flojos hacia las orillas de las ciudades que crecían desprolijamente donde se encontraran con el italiano y el gallego en el conventillo: solo su parla sobrevivirá en algunas palabras del lenguaje urbano. La

escuela vareliana educará a sus hijos. Los terratenientes y el Estado le levantarán monumentos que lo idealizarán como guerrero y patriota, trabajador y hombre de familia. Será el fin de la barbarie, que como la del indio, era también una forma de libertad. La ciudad conquistaba al campo.

Esta ficha corresponde a la unidad 2 del curso de Historia para 6º Año Orientación Derecho, dictado por el Prof. Rodolfo Tizzi, Liceo nº 6, Montevideo, año 2008. Los conceptos aquí vertidos, amparados en la libertad de cátedra del docente y en el derecho a la Libertad de pensamiento y de expresión del mismo garantizados por las leyes vigentes y por la Constitución de la República son el resultado de varios años de lecturas y reflexiones por parte del autor y no implican ningún condicionamiento de la opinión de los estudiantes.